

CAPITULO XVIII.

*GANASE LA CELEBRADA MESA DEL
Tonati, asistiendo al Campo Catholico el
Cielo con maravillosas providencias.*

EL día catorze de Enero, en que por celebrarse el dulcissimo Nombre de Jesus juzgaron, que era un felicissimo prenuncio de los triumphos, con que se havia de solemnizar la subida à la elevada cumbre de la Mesa, despues de haver celebrado el santo Sacrificio de la Missa, comulgado algunos Soldados, confessado muchos, y recibido la absolucion todos, dispuestos con fervorosos actos de Contricion, por temer, que havia de ser sangriento el choque, y que havia de costar muchas vidas el assalto, se puso en orden nuestro Campo; dividieronse todas las Esquadras; y salió el Governador por la parte del Norte, para caminar, ya al Poniente, ya al medio dia, obligando à estos rodeos la aspereza del terreno, y los intrincados laberinthos de esta Serranía. Acompañavante los Capitanes Don Alonso de Reina, y Narvaez, y Don Christoval del Muro con cinquenta Soldados Españoles, y considerable numero de flecheros con intencion de abanzar por la entrada, que tiene ázia el Poniente la montaña de la Mesa; quedaron algunos para defensa del Real; y cinquenta Soldados con casi todos los Naturales marcharon por la parte del Sur, para subir por la cuesta, que mira al Oriente la Mesa: el mando de estas Tropas se encargó al Capitán Don Nicolás de Escobedo, acompañándole el Teniente de Capitán Don Juan Sebastian de Orendain, que havia ya llegado de Quaimaruzi con los prisioneros, que se cogieron en aquel sitio.

Sa-

Salieron del Real à un mismo tiempo los dos Trozos; pero antes de comenzar à marchar, ordenó en lo publico el Señor Governador à los que havian de acometer por la parte del Oriente, que caminassen con lentitud, y que hiziesen alto en la falda de la Mesa, sin intentar la subida hasta la mañana del dia diez, y siete, para dar tiempo à que concurriessen con los de su Compañia, y se acometiesse à una misma hora, como se huviera logrado, si los que havian de assaltar por el Oriente, huviesen suspendido la marcha hasta el siguiente dia, por tener que caminar solas treze leguas, y los otros mas de quarenta. Esto passó en lo publico; pero el Capitán Don Nicolás de Escobedo, aconsejado de su valor, generosamente ofendido, por no haverle permitido el tentar abanzar à los de la Mesa la timida resolucion de los Gefes, quando vino la primera vez à dar socorro, le preguntó ahora en secreto al Governador, si sería contravenir à sus ordenes subir antes del tiempo prefixado, à que le podian obligar algunas contingencias? Respondióle su Señoría, atribuyendo la pregunta à jactanciosa temeridad, y aun à vana temeraria arrogancia, que subiera, si pudiesse; y como haziendo irrision de su propuesta, le añadió, que la señal del triumpho sería encender lumbré en un cerro, que está en medio del plan de la Mesa.

Salió ázia Quaimaruzi el Governador con todas sus Tropas, acompañándole el Padre Antonio Arias, quien alentava à la gente con tal espíritu, que ninguno havia, que en la alegría de su corazon, no manifestasse los alientos de su valor, cooperando mucho aquel Christiano animoso Cavallero, que con sus exemplos, y con sus palabras les esforzava tanto, que casi les hizo olvidar el riesgo; solo temian el que les iba ofreciendo la aspereza del camino con sus cuestras, ladéras, y cuchillas, en que apenas se dava passo, sin que se rezelasse un precipicio. Aumentóles el susto el

el manifesto peligro, que corrió, de precipitarse uno de los Soldados; porque al subir por un pendiente de tierra poco firme, perdió pié el cavallo, y dando una buelta, sin despedir al Ginete, cayó en un profundo barranco, sin poderle socorrer los que lo atendian, sino con los gritos invocando los dulcissimos Nombres de Jesus, y de Maria. Quando el Padre Antonio, que no iba mui distante, acudió para darle la absolucion, vieron, que se levantava, y despues reconociendo, que ni él, ni el bruto havian padecido lesion alguna, ocupados de la admiracion dieron repetidas gracias à Dios, que con tales maravillas favorecia sus intentos.

Luego que llegaron al sitio de Quaimaruzi, caminaron con menos sobrefalto, por no ser el camino tan escabroso, hasta llegar à lugar proporcionado, para de alli salir à dar el assalto el dia siguiente por la mañana, y observar, valiendose de la obscuridad, y del silencio de la noche, los movimientos del enemigo, à quien tan cerca ya tenian. Sirvió de principal centinela el mismo Governador, que por no querer fiar de otro las observaciones, passó sin dormir la noche, por no permitirle cerrar los ojos la imagen de la muerte, que veía tan de cerca, y al amanecer el dia esperaba lograr dichosa. Los Soldados todos alentados con su exemplo, y mas animados con la exhortacion, que aquella noche les hizo el Padre Antonio con un devoto Crucifixo en la mano, no solo se mantuvieron vigilantes, sino aguardando impacientes, que amaneciese, deseosos de derramar la sangre, y aun de perder la vida en defensa de la Religion Catholica.

Estos ardientes deseos tenian tambien las Tropas, que mandava el Capitán Don Nicolás de Escobedo, y fueron bien necesarios estos tan christianos generosos brios, para no desmayar, quando, habiendo llegado el dia quinze al pié de la Mesa, vieron de cerca

no solo lo inaccessible de sus cuchillas, sino ceñida su armada frente con una formidable trinchera de peñascos, que amenazava en cada piedra una ruina, y en todas al rodarlas una desecha tempestad de estragos. No descubrieron entonces por la distancia, y por la espesura de los robles, las fortificaciones, y estacadas, que sobre ser estrecha la senda, dexavan impenetrable la subida con dos, ò tres successivos reparos, fixando en la misma vereda troncos robustos mui tupidos, y trabados entre sí, y con peñas, y tan difícil de romperlo, que costó despues de ganada la Mesa muchos dias de trabajo à gran numero de gente, para deshazer aquellas trincheras. El fin, que tuvieron los Nayeres en ponerlas, era el discurrir, que ocupados los Nuestrros, ya que llegassen à estas encumbradas eminencias, en abrir el passo, no atenderian à repararse de sus flechas, piedras de sus hondas, y de los peñascos, que havian de rodar desde la cumbre, y que lograrían oprimirles en aquel estrecho passo con el peso de sus peñas, ò al impetu de su violencia precipitarles en el barranco.

Aun sin haver descubierto esta celada infundia horror, y espanto à los mas animosos offados brios solo el estar tan elevada la montaña, y no ofrecer la subida mas, que una senda tan estrecha, que en casi toda no permite, que caminen aun à pié, dos hombres à la par, y ser su orilla de un profundo barranco, à cuyo fondo havian de llegar cadaveres desquartizados los que saliesfen del camino un solo passo: sin embargo espoleados de su valor, ò lo que es mas cierto inspirados de un soberano aliento, despreciando los riesgos, que por todas partes les amenazavan, se juntaron los Cabos principales, para consultar el modo de vencer tantos estorvos, que casi se proponian como impossibles, para hazer practicable la subida. Mas estando en esta conferencia, se ofreció el *Tatiani* à subir à la Mesa del Cangrejo inmediata

à la del *Tonati* à requerir con la paz, y à persuadir-la al Chapulin, y à otro Cazique llamado Don Joseph, y à los de sus Rancherías, que eran los menos tercios. Obtenida la licencia del Capitán Escobedo, venciendo la subida; que no es menos aspera, que la de la otra, llegó à la cumbre de la Mesa; y habiendo hallado allí à los que buscava, les habló con tan feliz eficacia, que resolvieron baxar à incorporarse con los Nuestrós; pero dos, y tres vezes retrocedieron dominados de su temor, repitiendo otras tantas tan trabajoso viaje el buen *Tatzani*, empleando casi todo el dia en estas tan importantes correrías, hasta reducirles por ultimo, à que baxassen à media cuesta, para tratar lo mas conveniente con el Capitán, que subió animoso con solos dos Soldados: valiése, para persuadirles, de la eloquencia, que le enseñó su christiano zelo, mas no se atrevieron à baxar à nuestro Campo, viendo aun indecisa, y pendiente la question de tan arriesgada empreña, pero prometieron, (y lo cumplieron assi) que no harian hostilidad, ni ofenderian à los Nuestrós, quando subieffen à la Mesa del *Tonati*.

Los rebeldes, que se mantenian allí, enviaron un Embaxador al Capitán Escobedo, prometiendo baxar el dia siguiente à dar la obediencia, suplicandole al mismo tiempo, que se mantuvieffe en el puesto, que ocupava nuestro Campo, sin passar adelante. Esta intempestiva peticion hizo sospechar à los Cabos, que podia ser, no solo una de sus entretenidas, con que tantas vezes havian tratado al valor Español, como juguete, sino un barbaro estratagema, y un engaño cauteloso, para assaltarles aquella noche en aquel sitio, que por lo incomodo, era mui à proposito para sus maliciosos intentos, y para su nativa destreza, à quien la aspereza, y lo montuoso ofrece campo abierto, para sus ardidés. Y assi les respondió, que aunque agradecia la cuerda resolucion, que havian

tomado de dar à su Magestad la obediencia, pero que para escusar à los Viejos el trabajo de baxar por cuesta tan dilatada, subiria él con sus Tropas à recibirla en la Mesa, por ser la cabezera del Nayar, aguardando allí à que concurrieffe el Governador, y añadiendoles, que no solo no se les haria hostilidad alguna, mas ni el menor ademán, que oliesse à ofensa de sus Personas, y bienes. Luego que se apartó el Embaxador, se dió orden, que no solo se multiplicassen las centinelas, sino que todos estuviessen con tal cuidado, que no se pudiesse dezir, que estavan desprevenidos: todo fué menester, porque no dormian los enemigos, que se dexaron sentir mui cerca de los Cuarteles, aunque no se atrevieron à acometerles.

Los Nuestrós, haviendose armado con su fervorosa christiana devocion, rezando de rodillas el Rosario à nuestra Señora, y limpiando su conciencia con fervorosos actos de Contricion, para que no les impidieffe el peso de sus culpas añadido al de sus armas, determinaron juntar otra vez Consejo de guerra, en que se resolvió, que hallandose tan oprimidos en aquella estrechura para qualquier defensa, era mas acertado intentar el abanze, subiendo à la Mesa. Y sin que huvieffe quien replicara, por mas que algunos eran de contrario dictamen, montando al amanecer el dia viernes diez, y seis de Enero todos los Soldados Españoles à cavallo, mezclandose con ellos la Infantería de flecheros, comenzaron à subir. Pero llegando à un pequeño llano, no solo el menos incomodo, sino el unico, en que podian quedar, y caber los cavallos juntos, resolvieron dexarles, y subir à pié, assegurando aquel sitio con veinte, y cinco Soldados Españoles à cargo del Alférez Don Joseph Manuel Carranza, y Guzman con cincuenta Indios amigos con su Capitán Don Miguel de Ribera; escogieron otros tantos flecheros, para subir con igual numero de Españoles baxo el mando del Capitán Escobedo.

Dispuestas ya las Tropas, passando à Infantería la Cavallería Española, y dados al Cabo, que quedava, los ordenes convenientes, cantaron todos en voz alta el *Alabado*, à cuyos ecos se enfurecieron los enemigos, comenzaron al mismo tiempo à disparar flechas, y à levantar un ruidoso formidable alarido. Despues que passó el canto de los Christianos, prosiguieron, provocando à los Nuestrs con palabras indecorosas. Los de la Mesa del Cangrejo, no solo les acompañavan en el alarido, sino que rodavan algunos peñascos, que tenian prevenidos, aunque por estar de la otra parte del barranco no podian ofender à nuestra gente: demonstraciones, que hizieron por no hazerse sospechosos à los suyos, y por ignorar, à que lado havia de valanzear la Victoria. Pero à pesar del barbaro estruendo se siguió con formalidad la marcha, acompañando dos Indios flecheros à cada Soldado Español, aunque no pudo mantenerse en el progreso este orden, assi por no permitirle las angosturas, como porque cada uno procurava huir, como podia, el cuerpo al peligro; pues apenas havian dado los primeros passos, vieron venir sobre sí tres desechas tempestades de flechas, de piedras despedidas de las hondas, y de desmedidos peñascos, que arrancados con palancas echavan à rodar desde la cumbre: esta ultima causava mas horror por los formidables efectos, que causava, haziendo astillas los arboles, que se le oponian, y destrozando en menudas piezas las otras peñas, en que tropezavan, despidiendolas con tal violencia, que herido Don Pablo Phelepe con uno de estos pedazos, al tiempo que subia, y peleava animoso, dèrribando à algunos de los enemigos, de los que se le acercavan menos cobardes, quedó tan fuera de sí, que le dexaron ya por muerto.

No obstante tan terrible oposicion obligaron las flechas de nuestros Indios, y el estruendo de los tiros, à que dexáran libre el passo, retirandose poco

à poco los Infieles, y cediendo el Campo los que al parecer animosos havian baxado à la ladera. De esta fuerte pudieron los Nuestrs ganar terreno, sin descaecer, aun lloviendo sobre ellos tan formidables disparos, no teniendo otro reparo, para no quedar despedazados de las peñas, que rodavan, que, ó guarecerse al abrigo de otro peñasco, aunque si tropezava, y se partia era cierta su ruína, ó arrojarse sobre la tierra, implorando el favor Divino, cuyo socorro solicitavan fervorosos los que havian quedado en la falda, rezando repetidas vezes en voz alta, y à gritos el Rosario. No se hizo sordo el Cielo à clamores tan devotos; porque los grandes precipitados peñascos à muchos les lamian ya la ropa, pasmandoles el ruido, pero sin recibir lesion alguna, passavan sobre los que se dexavan caer, como si les levantára en alto alguna invisible mano. El Capitán Don Nicolás de Escobedo guarecido de un arbol, y movido, sin saber de quien, al passarse al abrigo de otro inmediato, apenas se havia reparado vió él, y otros, que uno de los peñascos rodados desmenuzó aquel primero, en que estava poco antes, librandole assi el Señor con tan paternal evidente providencia; y lo fué tambien lo que al principio parecia desacierto en haver errado el camino; porque à media cuesta se apartava ázia lo mas baxo una vereda aun mas estrecha, que la que ivan siguiendo: entraron por ella los primeros, sin reparar, que se alejavan de la que era mas trillada, por ir divertidos, y atentos à repararse de las muchas flechas, y piedras enemigas: prosiguióse por alli la marcha, evitando por este camino el caer en las estacadas prevenidas, y logrando la subida sin este tan peligroso embarazo. Esta vereda era tan poco traginada aun de los Nayeres, que nunca se persuadieron, que la tomassen los Nuestrs, ni aun que la descubriessen: con esta seguridad no trataron de fortificarla, sino en la cumbre, donde venia à encontrarse con la que

dexaron, y devieran haver seguido, si les guiára consejo humano, y no la Divina amorosa providencia, que visiblemente se descubria.

Luego que el calor de la pelea dió lugar à los Barbaros, à que advirtiesen el extravio de nuestra gente, se irritaron extraordinariamente, viendo el malogro de sus celadas, en que no dudavan, y con razon, no solo derrotar, sino destruir nuestro pequeño Exercito. Enfurecióse mas que todos el valiente, y temerario Tahuitole, aun mas contra los suyos, que le havian impedido el darse, y assegurar assi su vida, la de su muger, y la de sus hijos, que contra los Nuestros; viendoles ya tan cerca de la eminencia, con rabiosa saña, y furor dixo à los que estaban en la trinchera: ya es tiempo de arrojarnos en medio del peligro, para detener el passo al enemigo, y de que muestren su valentia con las obras los Consejeros, que me disuadieron la obediencia: añadióles otras cosas, que le dictava su temerario colerico furor, concluyendo por fin, que ya no havia otra esperanza, que una alentada ciega desesperacion. Luego executando lo mismo, que persuadia, se arrojó con rabiosa barbaridad, y rara agilidad por las breñas, y precipicios como una fiera, y baxando à la estrecha vereda, por donde proseguia nuestra marcha, empuñando un grande alfange, se opuso à su frente: acercóse tanto, que admiró à los Nuestros; y aun ahora confiesan todos, que si huvieran mostrado iguales bríos, otros ocho, ò diez Indios, que le seguian, no solo les disputáran, sino aun impossibilitáran el passo, y la victoria. Aquel Barbaro arrebató tanto à nuestros Soldados, que estuvieron unos pasmados, y otros por librarfe de tan belicoso monstruo, embistieron tan à ciegas, que casi se mezclaron con los Nayeres, que entonces lograron herir à algunos; mas advirtiendo este peligro el Capitán de guerra del Pueblo de Santa Cathalina Don Christoval de Torres, que estava me-

nos enagenado, y havia ya enarcado, desde que vió precipitarse al Tahuitole, le apuntó tan certero, que atravesándole con la flecha por un vacio, que descubria el brazo, con que manejava el alfange, le dobló, y echó en tierra. Antes que pudiera levantarse, apuntándole otros dos, acabaron con las balas de quitarle la vida, y cesando de repente la algazara, desmayó el orgullo, y se pusieron todos en precipitada fuga.

Los Nuestros comenzaron à respirar, aunque siempre tuvieron grande aliento: hecha una breve pausa, à pesar de la hambre, y de la sed toleradas por largo tiempo, pues comenzando à subir por la madrugada llegaron à la cumbre como à las quatro de la tarde, se esforzaron à seguir à los enemigos, hasta llegar à señorearse de toda aquella tan aspera montaña, y de la tan celebrada Mesa del *Tonati*, donde luego que llegaron entonaron el *Alabado*: enviaron algunos, que hiziesen la seña, que se havia convenido, para que subiesen los Soldados, que se mantenian cuidando los cavallos; y acomodaron à los heridos, para atender à su curacion. Dexaron de seguir à los fugitivos Nayeres, no juzgando practicable su alcance; pues aunque vieron el ganado mayor, que dexaron, y el estrago, que en su fuga causavan en sus Rancherias, reduciéndolas à cenizas con sus cosas, solo pudieron descubrir, mas no coger, à dos, ò tres, que se arrojavan à un profundo barranco, por donde se havian descolgado ya los demás: affombróles no solo la perdida del mas valiente de sus Capitanes, sino lo que ellos mismos aseguran aun ahora, que observaron antes de su desesperada resolucion, y supimos la primera vez, quando nos preguntavan por el Personage, que echavan menos. Todos convienen, en que vieron, guiando à nuestras Tropas, à un Español en un cavallo blanco con la espada desenvainada en la mano, y que sin necessitar de adarga, con solo tender con la

la otra la capa, no solo se reparava de las flechas, sino que impedia, que ofendiesen à sus Soldados.

Nadie estrañará, que el Apostol Santiago se dexasse vér, aterrando Barbaros, y focorriendo à los Catholicos, desde que lo executó assi con una aparicion gloriosa en la celebre batalla de Clavijo: en esta no se sabe, si fué apariencia, ò realidad, ò ficcion: en todo caso no puede negarse haver sido tan superior à las fuerzas humanas esta Victoria, que todos à una voz la llamaron maravillosa. Y puede verdaderamente assegurarse, que aunque suele regularmente abultar los sucessos la pluma, à lo que passó en esta Conquista, no es facil, que lleguen aun los mayores encarecimientos; porque quien no reconocerá la mano de Dios, y tendrá por mas que ordinario favor de sus altas providencias, que solos setenta, y cinco hombres se atreviesen à combatir con una tan grande multitud de Barbaros, que sobre lograr las ventajas del terreno, por estar atrincheros, y ser dueños de la eminencia, peleavan con flechas disparadas de sus arcos, con guijarros despedidos de sus hondas, y con peñascos de tanta corpulencia, que bastavan à destrozár en menudas piezas los robles, y las otras peñas, en que chocavan? Que penetrasen una montaña inaccesible à la mayor osadía, y solo superable con una singular maravilla? Que de los setenta, y cinco, que la subieron ninguno muriese, y solo saliesen heridos, un Soldado Español, y seis, ò siete Indios amigos? Y finalmente, que aunque en dos se calificaron tan mortales las heridas, que fué preciso disponerles luego con los Sacramentos, sin otra medicina, que un poco de vino, y una raíz de julimes comenzassen luego à mejorar, restituyendoles en breves dias la salud? Fuerza es, que confiesse, especialmente los que han visto estas montañas, que se devió este tan maravilloso triumpho al poderoso brazo del Señor, y al soberano patrocinio de su Santissima Madre.

CA-

CAPITULO XIX.

PONESE FUEGO À LOS ADORATORIOS de los Idolos: erigese el primer Templo, aunque pequeño, à la Santissima Trinidad, y comienzan à convertirse los Nayeres.

Legó el dia diez, y siete por la mañana el Señor Gobernador à la Mesa; y encontrandose en lugar de los enemigos con el Capitán Don Nicolás Escobedo, y sus Tropas, añadió tanto fuego à los bochorros, que la noche antes le causó la luminaria, que segun lo pactado havia mandado encender aquel Cavallero, y advirtieron desde la cumbre, donde havian hecho alto, para abanzar el dia siguiente, que montando en colera metió mano à las armas, para castigarle el haver contravenido à sus ordenes; y aunque pudo encontrar mas pronta respuesta en su valor, y resolucion aquel tan esforzado animoso Capitán, quiso sin embargo antes satisfacerle prudente con lo que havian acordado en secreto, y asegurandole, que lo que su Señoría le havia dicho como por irrision, y donaire, lo havia tomado mui de veras su valor, acostumbrado à cumplir siempre lo que ofrecia: todo esto apoyado con la interposicion del Padre Antonio Arias, y de los Subalternos apagó el fuego, que ya ardia, y huviera aumentado al menor soplo sus activas llamas de manera, que passára à ser incendio tan funesto, que impidiera los progressos de tan importante Conquista. Apaciguados ya los Gefes, y los que como parciales defendian sus causas, y dadas las gracias à Dios nuestro Señor por tan singulares beneficios, reconociendo, que aunque estava ya ganada la Mesa, andavan aun fugitivos los Nayeres, y que im-
por-